

Herstoria I

Relatos de ficción histórica de mujeres LBT+

Cecilia Agüero · Sara Bishop · Clara Carbonell Ortiz
Adriana García Ramos · Leticia Goimil García · Giuliana Ippoliti
Bea Morote · Nuria Parra Pozo · Esther Román (Crab) · Ana Tapia



LES ficción general

Herstoria I
Relatos de ficción histórica de
mujeres LBT+

Varias autoras

LES
editorial

Primera edición: junio de 2020

© Las autoras, 2020

© Inma Miralles, prólogo, 2020

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2020

Diseño portada: LES Editorial

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

eISBN: 978-84-17829-22-3

IBIC: FV, DQ

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

«La fluidez y el ingenio de las *brujas (witches)* es evidente en la continua evolución del acrónimo: el básico, el título original, era *Women's International Terrorist Conspiracy from Hell** (W.I.T.C.H.) [...] y lo último que suena en este escrito es *Women Inspired to Commit Herstory***».

ROBIN MORGAN, *Sisterhood Is Powerful*

* Conspiración Terrorista Internacional de Mujeres del Infierno.

** Mujeres Inspiradas para Construir su Historia/Herstoria.

Índice

Luz de selva (Segundo premio Herstoria I)

Cecilia Agüero

Hija de nadie (Primer premio Herstoria I)

Sara Bishop

El libro de la moabita

Clara Carbonell Ortiz

Condenada por las estrellas

Adriana García Ramos

Torres en el mar

Leticia Goimil García

La rebelión tiene nombre de mujer

Giuliana Ippoliti

Esperanza en el infierno

Bea Morote

No vuelvas a Granada

Nuria Parra Pozo

Ignota

Esther Román (Crab)

La madre bisonte nos protegerá

Ana Tapia

Prólogo

Hoy en día está de moda la palabra *relato*, pero de un modo que nada tiene que ver con juntar letras y ponerlas en un papel. Resuenan frases como «la batalla por el relato decidirá las elecciones» o «los medios de comunicación condicionan el relato» o «el relato siempre está en manos del poder». Esta aplicación de la palabra *relato* alude a una especie de composición de opiniones *que importan* en cada ámbito, una amalgama que pretende sentar cátedra, determinando qué es lo verdaderamente importante y digno de destacarse: en fin, creando una opinión mayor, unificada y hegemónica, que todos y todas, en mayor o menor medida, compartiremos.

En una sociedad patriarcal como la nuestra, el *relato* que configura la Historia con mayúsculas ha opinado que las vidas de las mujeres no merecían el menor interés ni atención. Ha excluido nuestras historias de la gran configuración teórica del pasado, condenándonos al ostracismo, a una especie de inexistencia y desmemoria colectiva no exenta de consecuencias: esta eliminación deliberada nos ha provocado durante siglos, y aún en la actualidad, una sensación de orfandad genealógica, de aislamiento, como si las vivencias derivadas de la opresión patriarcal fueran en realidad subjetivas, imposibles de poner en común y, por tanto, de combatirse.

Por eso resulta asombroso descubrir, gracias al empuje del movimiento feminista, cada vez más nombres de mujeres que, en sus respectivas épocas, se atrevieron a

transgredir la norma y reivindicar su propia existencia. No hay nada más genuinamente humano que la lucha por vencer a la injusticia, incluso aunque sea en (aparente) soledad. Ese afán subversivo por adueñarse del propio *relato* es lo que encontramos en las protagonistas de este libro. Mujeres que se encuentran en medio del brutal contraste entre sus culturas, distintas pero igualmente opresivas. Mujeres que combaten incansablemente las circunstancias que asfixian su existencia. Mujeres de la Grecia antigua, mujeres casadas en contra de su voluntad, mujeres de la época de los zares, víctimas de la persecución nazi, forajidas, monjas y sabias... Mujeres, en definitiva, decididas a ser las protagonistas de su propia Historia con mayúsculas. En una sociedad que ha menospreciado la trascendencia de nuestras vidas, hemos de autoafirmarnos y decidir el sentido de nuestro lugar en el mundo. Y si hay un ejemplo perfecto de existencia afirmativa, de existencia que se reivindica a sí misma más allá de los límites encontrados, esa es la existencia del amor entre mujeres. Aquí se encuentran sus relatos.

Inma Miralles, jurado I Premio Herstoria.

Jurado

Miriam Beizana Vigo

Nació A Coruña en 1990. En 2016 inauguró con David Pierre la web literaria *A Librería*, también participó en el podcast #Café Librería y en la web *Hay una lesbiana en mi sopa*. Ha publicado tres obras narrativas: la bilogía compuesta por *Marafariña* (2015) e *Inflorescencia* (2018) y la novela corta *Todas las horas mueren* (2016). También ha publicado diversos relatos, entre los que destacan «El tren» (autopublicado en Lektu, finalista en el XI Certamen de Cuentos Interculturales Melilla en 2017), «DOR» en *Actos de F.E.* (Editorial Cerbero, 2018) y su relato «A Raíña», finalista en el I Premio Misteria de LES Editorial (2019). Escribe mensualmente en su web miriambeizana.com.

Thais Duthie

Nació en Barcelona y creció rodeada de libros. Con los años acabó encontrando su vocación en la literatura, y a eso se dedica actualmente. Compagina su trabajo con la gestión de su blog, *Bajo el edredón*, donde habla del erotismo con naturalidad y desde una perspectiva empoderadora. También escribe para otros medios de comunicación, como *Hay una lesbiana en mi sopa* o *Volonté*, el lugar donde están publicados todos sus relatos eróticos.

Josa Fructuoso

Josa Fructuoso (Murcia, 1947). Licenciada en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Es profesora de Filosofía y ha colaborado como articulista en diversos medios de comunicación, como *Diario 16* y *La Opinión de Murcia*; entre 1998 y 2004 fue la coordinadora de la revista *Postdata*, dedicada a la literatura, las artes y el pensamiento. Ha publicado ensayos y relatos en diversos medios, además de las novelas *Perros de verano*, *El color de los peces azules* y *Moscas en el cristal*. Ganó en 2014 el Premio de la Fundación Arena. Ha vivido en Barcelona, Madrid y París. Actualmente reside en Murcia, su ciudad natal. El escritor José Luis Serrano ha destacado el estilo de los diálogos de Josa Fructuoso y su ambientación histórica.

Andrea Mira

Andrea Mira, autora de *Cuarta Fase*, nacida en Granada en 1995, es una escritora amante de la lectura, la escritura, el arte, los animales y el mundo en general. Tiene dos grados de formación profesional de grado superior, los cuales, además de proporcionarle trabajo, le ayudan a la hora de describir escenas y lugares. En la actualidad, está estudiando el grado de Historia del Arte en la universidad de su ciudad al mismo tiempo que trabaja, escribe y sigue descubriendo lugares impresionantes en todos sus viajes.

Inma Miralles

Inma Miralles (Murcia, 1988), además de escritora y feminista hasta la médula, es licenciada en Antropología. De pequeña dibujaba cómics, pero de ahí se pasó a la

poesía y más tarde se precipitó inevitablemente a la prosa. Actualmente, combina la coordinación de la revista *online* feminista *Sisters Wisdom* con la escritura de ficción y de artículos para diversos medios. Esta doble vocación, literaria y feminista, surge del reconocimiento a otras escritoras pioneras que abrieron camino, y cuya importancia no ha sido suficientemente valorada por la tradición literaria general.

Luz de selva
(Segundo premio Herstoria I)

Cecilia Agüero

Cecilia Agüero

Cecilia Agüero nació en Buenos Aires en 1994. Estudia Historia en la Universidad de Buenos Aires y trabaja como profesora de francés.

Le gustan las historias románticas, las ambientaciones históricas y la fantasía disfrazada de realidad. Su sueño es ser escritora de novelas históricas.

Empezó a escribir desde chica, pero su empujón principal se lo dieron los *fanfiction*, concretamente, sobre el mundo de Harry Potter. Tras un par de años escribiendo *fics*, decidió dar el salto a los originales despacito, casi sin darse cuenta.

En mayo del 2020 salió a la venta su primera novela con el sello digital de Ediciones Kiwi, *Todas las estrellas del cielo*; una historia romántica contemporánea. Su intención es seguir escribiendo y hacerse un pequeño lugar en el mundo de las letras.

En redes sociales se la conoce como Ceci Tonks; en especial, en Twitter, donde comparte impresiones con la comunidad escritora y tonterías de la vida cotidiana. También se la puede encontrar en Instagram como [ceciaguero.writer](#).

Twitter: [@CeciTonks](#)

Luz de selva

Cecilia Agüero

Año 1631 de Vuesa Merced, su Majestad el Rey, Provincia de la Guayrá, Virreinato del Perú.

1.

Yvy pytã

O de cómo la tierra puede ser roja como la sangre

Carmen no se había levantado la falda de esa manera nunca en su vida. En algún lugar de su mente, podía escuchar la voz de la madre superiora, exigiendo a sus pupilas que se estuviesen muy rectas, con los botines juntos y las enaguas perfectas, la mirada al frente esperando su futuro.

Pero el convento había quedado atrás, muy atrás. Y ella no tenía espacio en su cabeza para repasar las lecciones de decoro en un paisaje como ese, en el que todo se pintaba de verde y humedad. No tenía tiempo.

Podría haber enviado un chasqui¹, por supuesto. El mismo que le había avisado a ella, incluso. Pero el crío estaba agotado y ella no podía quedarse sin hacer nada. Le picaba todo el cuerpo.

¿Dónde podría estar Antonio? Por todos los cielos, el corazón le latía a morir, como si deseara salirse de su pecho por haberse convertido en una mujer indigna, que se arrebuja las faldas a la altura de la cintura para correr

con mayor facilidad. No sabía si se escucharían desde allí a los *bandeirantes*²; los golpeteos de la sangre contra sus oídos le impedían oír nada más.

Antonio le había prometido que siempre estaría a salvo. Ella había llorado hasta quedarse dormida la noche en la que le habían anunciado que, tras el matrimonio, se marcharían para vivir fuera de Asunción. Carmen no conocía otro lugar que no fuese esa ciudad o, más bien, nada que no fuese el interior de las paredes del convento de agustinas y las de su antigua casa. Sabía que Antonio no era de allí, pero había pensado que, al menos, viviría en Villa Rica.

Ni lo uno, ni lo otro. El solar se encontraba en las afueras, clavado con fuerza sobre la tierra colorada, *yvy pytã*, en la provincia de la Guayrá. Carmen se había sentido aterrada nada más verlo. Lucía como un mar de sangre, granulado y sólido, compacto.

Insondable.

Pronto, apreció más la presencia de aquella tierra roja que la mecía antes que la de Antonio, que no tenía mucha intención de cumplir los severos deberes maritales que Carmen sabía que debían seguir para ser buenos cristianos. El hombre era agradable con ella, pero distante e indiferente. No la consideraba mucho más que otro de los infinitos trofeos que decoraban el pasillo mayor del solar, pintado por completo de ego. Antonio lo mandaba a limpiar una vez por semana con un montón de chiquillas de la reducción³, que mojaban con intensidad el estropajo sobre las palanganas para terminar jugando a empaparse y sobrellevar el calor de la tarde.

Carmen tampoco sabía cómo proceder frente a eso. En el convento solo le habían enseñado a bordar, a ser paciente y a comportarse como una buena esposa.

Una buena esposa que no corría con las faldas volando a su alrededor, agitada, desesperada.

Antonio se había vuelto a marchar, por un par de días. Al principio, le decía a Carmen dónde iría y, si estaba de buen humor, hasta con quién y qué haría para cerrar esos negocios que tanto lo maravillaban y, según le aseguraba, la cubrirían en oro. Carmen no quería oro, quería regresar a Asunción. Pero como él nunca le había preguntado, ella prefería callar.

En ese momento, no tenía la más remota idea de dónde podría estar. Lo mismo Antonio podía estar armándose junto con el resto de la reducción; ella no tenía idea.

Tampoco le importaba.

—Señor mío, perdóname —farfulló, sin dejar de correr, sola, por esa inmensidad roja y verde que la envolvía por completo. El clima no parecía haber acusado su estado de ánimo, porque seguía igual de claro y bochornoso que siempre.

2.

Ysapy

O de cómo el rocío puede adherirse despacio a la piel

Las propiedades de Antonio habían reducido su valor desde que acechaban las hordas de *bandeirantes* por la selva, pero él no había querido deshacerse de ninguna de ellas. La cercanía con la misión jesuítica de San Ignacio Miní le daba una falsa sensación de seguridad, como si, para los portugueses, fuese suficiente con atacar la reducción y dejar en paz el puñado de casonas que se derramaban sobre la tierra roja.

Carmen se había aburrido muchísimo nada más mudarse al solar. Se llamaba Ysapy, pero ella todavía no sabía guaraní.

Le había enseñado Luz.

Carmen ya no podía recordar cómo habían empezado a hablar; solo lo habían hecho. Luz era la que dirigía a las niñas que hacían rápidas diligencias para el solar. Algunos de los padres las solían acompañar todo el camino hacia San Ignacio Miní, ida y vuelta. La reducción quedaba a un trecho corto en carro, pero andando se hacía cuesta arriba. A Carmen no le gustaba andar por la *yvy pytã*; se ensuciaba los bajos del vestido.

Qué diferente era todo entonces.

Luz le había llamado la atención por ser tan filosa. No dejaba nada sucio, dirigía con mano firme a las otras niñas y siempre conseguían escaquearse a la cocina a por un dulce. Allí, extendían los productos que se hacían en la reducción, cosa que no siempre tenían autorizado por los jesuitas.

Carmen nunca había hablado con una mujer que no fuese parte de su familia o del convento. Había conseguido saber que su nombre era Luz por el padre Ernesto, el jesuita que tanto le gustaba y que asistía seguido a Ysapy a ofrecerle misa. Carmen era muy devota y, aunque su corazón siempre había estado con los monjes agustinos, después de tanto tiempo languideciendo en el solar, la Compañía de Jesús se había terminado colando en sus venas, haciéndola sentir un poco en casa.

Luz era la cuarta hija de uno de los indios más importantes de la reducción. Carmen no sabía el nombre, pero sí que su *pa'i* hablaba muy bien de él. Ernesto era un hombre severo y justo, que sabía ofrecer halagos a quien los merecía. Luz era parte de sus afectos.

Ella, por otro lado, empezaba a hacerse un hueco en sus oraciones.

—Tan sola, hija mía, aquí y sin marido —le había comentado una vez, afectuoso, luego de un mate que le